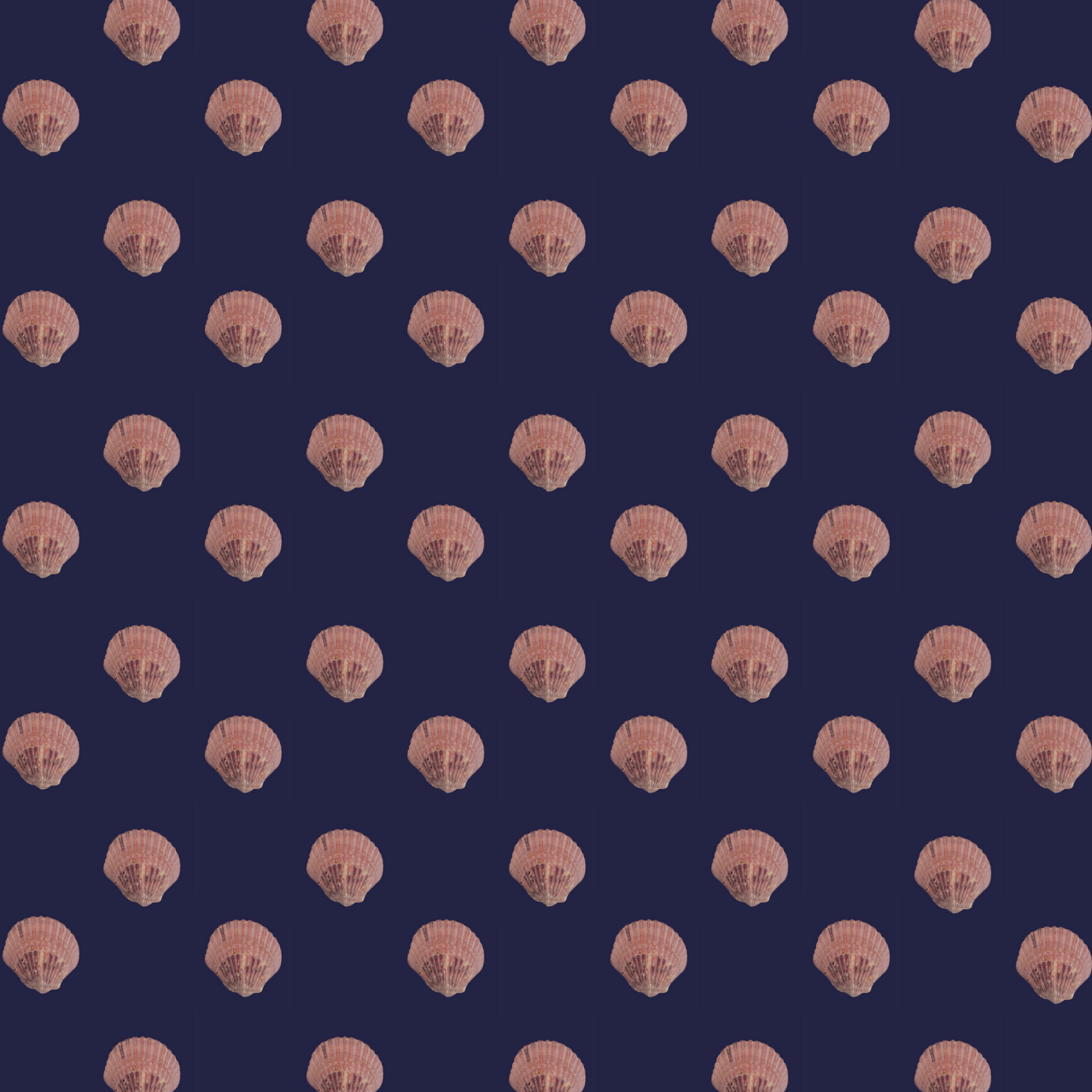


melancolía



Paula Nathalia
Pineda Ortíz

Natalia Motta
Camacho



melancolía

melancolía



Paula Nathalia Pineda Ortíz

Natalia Motta Camacho



© Institución Universitaria Politécnico
Gracolombiano

Melancolía
Noviembre de 2021

Editorial Politécnico Gracolombiano
Calle 57 No. 3-00 este
Tel: 7455555 Ext. 1516
Bogotá, Colombia.

ISBN: 978-628-7534-26-1
ISBN Digital: 978-628-7534-27-8

AUTOR

Paula Nathalia Pineda Ortíz

DISEÑO E ILUSTRACIÓN

Natalia Motta Camacho

FOTOGRAFÍAS

Jaime Orlando RomeroGuáqueta

EDITORAS

Victoria Eugenia Peters Rada
Marcela Fernanda Téllez Pedraza

LÍDER DE PUBLICACIONES

Eduardo Norman Acevedo

ANALISTA DE PRODUCCIÓN EDITORIAL

Carlos Eduardo Daza Orozco

CORRECCIÓN DE ESTILO

Marcela Fernanda Téllez Pedraza

Xpress Estudio Gráfico y Digital

Creado en Colombia

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Gracolombiano. Para usos académicos y científicos, la Institución Universitaria Politécnico Gracolombiano accede al licenciamiento Creative Commons del contenido de la obra con: Atribución - No comercial - Sin derivar - Compartir igual. Este libro es resultado de un proceso académico-investigativo de la Facultad de Ingeniería, Diseño e Innovación y la Facultad de Sociedad, Cultura y Creatividad.

Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.

La Editorial del Politécnico Gracolombiano pertenece a la Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia (ASEUC)

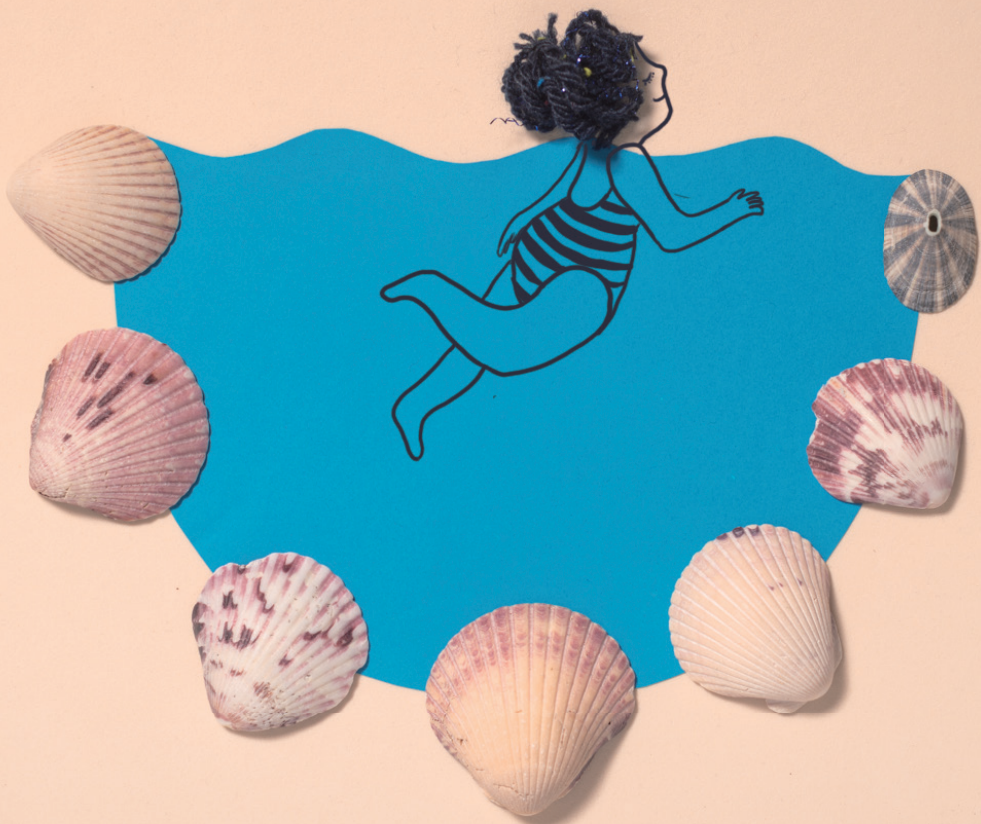
*A Dios, el gran diseñador y a
mis padres por todo su apoyo.*



Hola, mi nombre es Jules, tengo 23 años y vivo en Berlín; siempre he tenido una estatura promedio, mis ojos son azules y mi cabello negro-azul. Ahora estoy terminando mi carrera de arquitectura, me encanta dibujar, soñaba con ser diseñadora pero nunca fui del todo creativa, y... bueno, ahora soy arquitecta.

Mi madre siempre quiso desde niña tener una hija como yo... más o menos como yo, supongo que quería tener a alguien lo suficientemente valiente, pero no fui como debí serlo cuando la vida de él dependía de ello, hubiese querido tener la voluntad de dejar a un lado mi temor para poder salvarlo... pero no fue así, creo que mi amor no fue más grande que mi temor en ese momento a pesar de que lo amaba demasiado. No fue suficiente, al menos eso creo yo.






Él era tan diferente a los demás. Me hacía sentir bien conmigo misma, trabajábamos todos los días en lograr que mi pasado quedara atrás y empezar de cero creando nuevos recuerdos, haciendo que mi presente se convirtiera en mi nuevo pasado. Pero nuestro cuento de hadas nunca tuvo el final que esperábamos.

Cuando era niña no tenía los recursos para poder conocer o visitar el mar muy seguido, pero existió el momento en el que lo conocí. Fue cuando tenía ocho años que llegó a mí la oportunidad de viajar por primera vez en un avión rumbo al mar. Todo iba muy bien, recuerdo estar emocionada por conocer el agua que decían ser tan salada, quería, por más raro que fuese, sentir el ardor en mis ojos causado por abrirlos debajo del agua; lo sé, muy masoquista de mi parte, pero en ese entonces quería acumular todas las experiencias posibles, pues sabía que no iba a poder regresar en mucho tiempo.

Tras los primeros minutos en el agua, pude sentir pececillos jugando entre mis piernas, las olas que llegaban a la playa ya me habían sacudido fuertemente causándome raspaduras en los hombros y en las piernas, fueron experiencias inolvidables; hasta que un día mis padres decidieron conocer otra playa que quedaba relativamente lejos de donde estábamos hospedados. Todo en ese viaje estuvo muy mal, el transporte en el que íbamos se varó a mitad del trayecto de ida, cuando llegamos a una de las playas para hacer transbordo a la lancha que nos llevaría al lugar al que queríamos llegar, esta ya se había ido, pues pensó que no llegaríamos, estábamos muy atrasados debido a la varada. Nos tocó esperar a que regresara por nosotros para llevarnos al lugar, y allá todo empeoró.







Nuestra última actividad fue esnórquel, y la verdad nunca tuve más miedo del que viví en ese momento. Nos pusimos las caretas, los chalecos salvavidas, y ajustamos el tubo para respirar al tamaño de nuestras cabezas, y de nuestra curiosidad, por supuesto. Mi hermano y yo sabíamos nadar muy bien, o eso era lo que pensábamos; nos adentramos más en el mar alejándonos de la orilla para poder ver los pececitos de colores, los cuales vimos, por supuesto, pero lo que no llegamos a contemplar fue la tormenta que con gran rapidez se acercaba hacia nosotros; estábamos solo mi familia y el guía, pues fuimos los únicos que quisimos hacer esa actividad.

Entre más buscábamos peces menos encontrábamos, pues ellos sabían algo que nosotros no; el tour se había convertido en una pesadilla, no había nada más que nosotros en el agua y la lluvia sobre nuestras cabezas, lejos, muy lejos de la orilla, sujetados a un solo salvavidas de esos redondos que tienen los barcos. El guía gritó, pues el ruido que hacía la lluvia sobre el mar era muy intenso —¡Rápido! Naden a la orilla, si no, no podremos regresar.



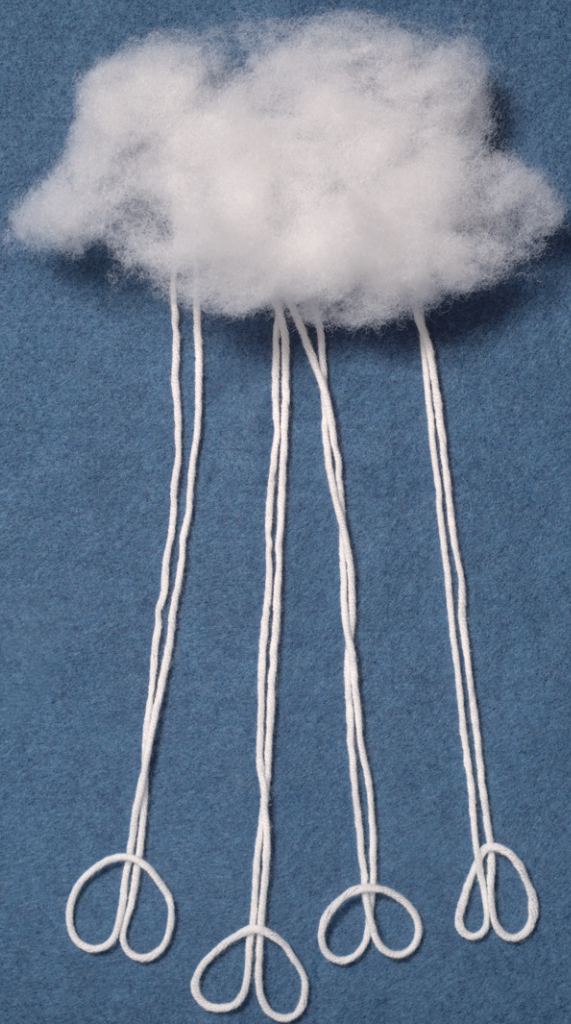


Teníamos mucho miedo, por la agitación que había en ese momento las olas podrían llevarnos lejos y estaríamos en manos de... solo Dios sabe de quién o de qué. Sin saber cómo, llegamos a la orilla; ese día perdimos a mi padre quien por un instante se había quitado su chaleco para poder sumergirse y buscar los peces que mi hermano y yo tanto habíamos querido ver, lo último que escuché de él fue —no dejes de nadar, y no mires atrás. Él ya no había tenido las fuerzas para sostenerse del salvavidas y estaba muy cansado para seguir luchando contra la corriente.

Pasaron los años y con el tiempo pensé que lo había superado, pero fue en ese momento en el que me di cuenta que no lo había hecho.

Desde años atrás estaba comprometida con un hombre maravilloso, que se interesaba no solo por mí sino por las personas presentes en su entorno diario, desde su madre, pasando por las azafatas que acompañaban nuestros viajes, hasta aquellos que limpiaban las calles por las que paseábamos; por lo general estaba soleado cuando lo hacíamos, pero nos encantaba caminar por las calles semivacías cuando llovía, de vez en cuando parábamos en una esquina a escampar y ver a las personas correr de un punto a otro, descubriendo que aunque corrieran se mojarían igual.

Tratábamos de disfrutar cada parte que la vida nos ofrecía a diario; el día en que lo perdí no fue nada fácil, pues pensé que cuando una persona ama a alguien con tanta fuerza no hay nada más grande que se ponga en su camino, que le quebrante por dentro y le impida hacer lo correcto.





Estábamos de camino a nuestro destino favorito en el mundo, Legian, una playa muy calmada en Bali que habíamos visitado previamente con ambas familias, pero esta vez sería diferente, pues solo seríamos los dos, iríamos a celebrar nuestro compromiso. Después de la pérdida de mi padre, jamás fui más lejos de la orilla del mar, pero él quería que esto cambiara, que confiara en él y en que todo estaría bien. Al final, todo terminó siendo igual.

La noche anterior al día en que lo perdí, fue maravillosa, hizo que me enamorara aún más de él, de su ternura y sencillez. Había pedido al restaurante al que fuimos, que pusieran en el postre una nota pidiéndome que me casara con él; anteriormente no me había dado un anillo, pero aún así nunca fue necesario para mí, pues todos los días me demostraba que me amaba.

De repente, me percaté de que había algo más en el bocado que me llevé a la boca. No dudé en darme la vuelta para sacarlo sin que él me viera, seguro contaba con que lo hiciera pues cuando me giré para volver a estar frente a él lo vi arrodillado junto a mi silla con un anillo en su mano. De inmediato pensé en el papel, lo abrí para ver qué era y allí estaba escrito: “Pasé mi vida entera buscándote y por fin te encontré. Cásate conmigo”.

Levanté mi mirada hacia su rostro y con mis ojos húmedos mientras se resbalaba una lágrima por mi mejilla le dije —Sí, mil veces sí. Se puso de pie, me colocó el anillo y con un fuerte abrazo me levantó de mi asiento, dimos una vuelta de 360° y volvió a dejarme en el suelo. Me dijo —Te amo.



i Casate con migo!

Esa misma noche llovió muy duro; de regreso a nuestra habitación tuvimos que correr para no mojarnos demasiado, aún así, terminamos empapados. Lo siguiente que hicimos fue quitarnos la ropa, nunca lo vi tan guapo como esa noche y seguro él tampoco me había visto de esa manera, y bueno, pasó lo que por lo general sucede en una habitación oscura con una pareja enamorada en su interior.







Nos levantamos al día siguiente y lo primero que él dijo fue —¡Vamos a nadar! Nuestra habitación daba directo al mar así que no era difícil de imaginar que quisiera hacer eso, obviamente mi respuesta fue muy lógica —No, hagamos otra cosa”. Insistió y tomé la decisión equivocada, decidí ponerme mi vestido de baño y acompañarlo, no podía negarme a una invitación del hombre que amaba, pero me equivoqué.

Había muy poca seguridad, casi nadie vigilaba por si algo llegase a pasar, pero nada de eso se cruzó por mi cabeza a la hora de alejarnos unos metros de la orilla de la playa. ¡Qué terrible error! Él estaba muy contento porque yo lo acompañé hasta donde él quería, era muy consciente de que yo no haría más allá de cierto punto, pero tampoco quería quedarse tan “cerca” de la orilla.

Cada vez se alejaba un poco más de mí solo para nadar y luego regresaba; empecé a insistir en que volviéramos, pues ya no me sentía cómoda estando lejos de la playa, pero él se negaba, así que decidí ir muy despacio hacia la orilla. De un momento a otro el agua comenzó a agitarse, no sabía por qué, así como tampoco por qué se sentía tan helada. Me empecé a preguntar por qué me di vuelta; habían olas muy grandes, no lo suficiente como para ahogarnos pero sí para no dejarnos regresar fácilmente, él seguía lejos de mí y yo ya estaba por llegar a la orilla cuando comenzó a agitarse un poco más fuerte el mar.

Volteé a verlo y gritó —¡UN CALAMBRE! No lo dejaba mover —¡AUXILIO!!! Pensé que lograría ir más allá pero el miedo me paralizó cuando noté que el agua llegaba a mi abdomen —¡MI AMOR! ¡AUXILIO! ¡AYUDA! ¡AYÚDENNOS!, grité. Corrió a socorrernos el salvavidas que estaba cerca y por un pequeño radio pidió más ayuda.





Mi novio se estaba ahogando, tragaba mucha agua y yo seguía inmóvil a mitad del trayecto que me separaba de él, debí ayudarlo, debí nadar, correr, volar... ¡debí, debí, debí! Debí salvarlo. Cuando el salvavidas llegó a él ya era tarde, se había ahogado en cuestión de minutos. Una vez más el mar me había quitado a quien más amaba y esta vez era toda mi culpa, lo creí en ese momento y seguiré pensando que fue por mi error.

Luego del accidente contacté a sus padres y a mi madre para decirles lo que había pasado, era la peor noticia que podía dar; por supuesto, sus padres no quisieron volver a saber de mí, pues para ellos yo era la culpable de que él ya no estuviera a su lado. Mi madre obviamente me apoyaba, nunca me dejó sola y me pidió que tomara el primer vuelo a casa en Berlín.

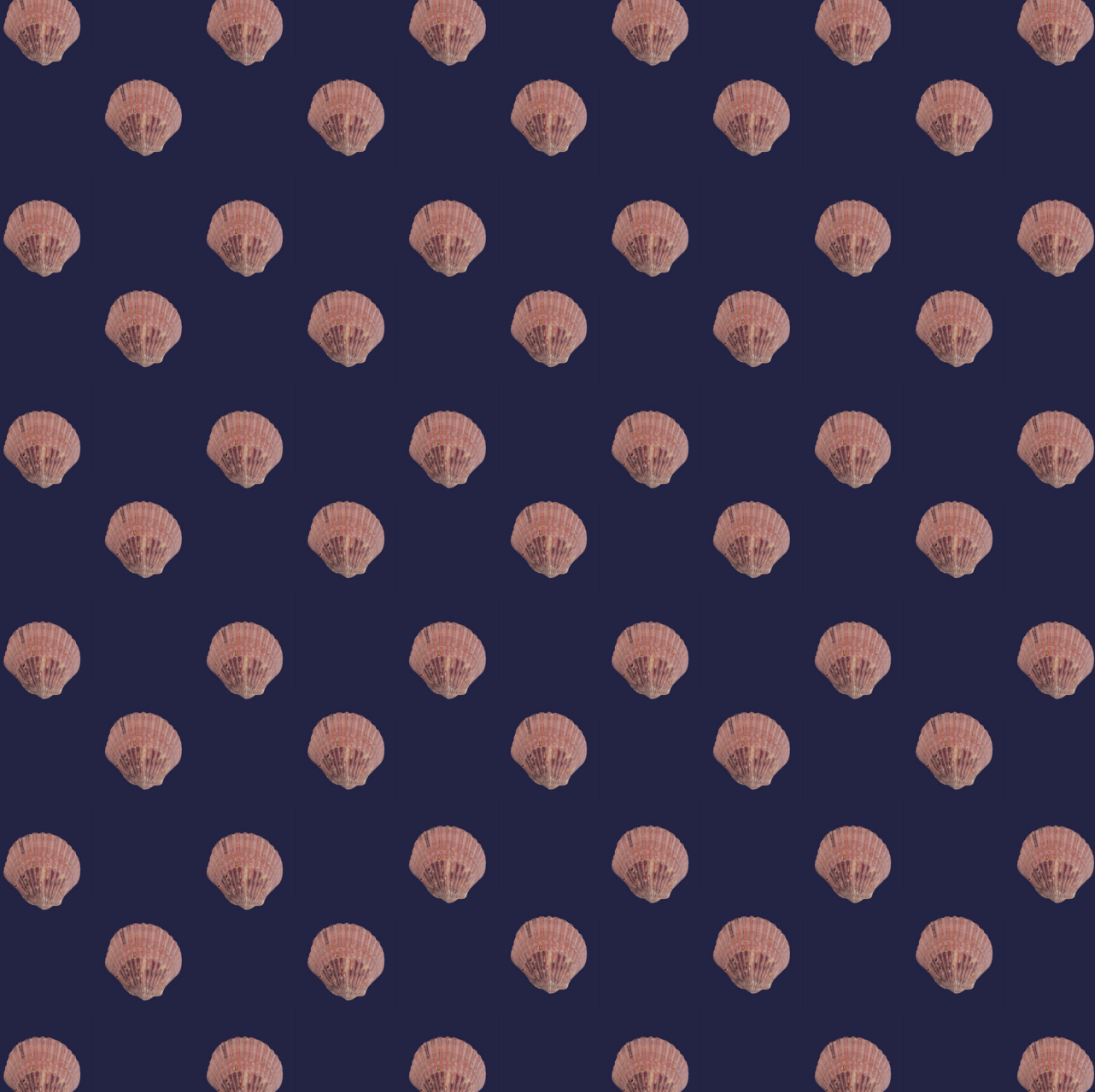
Tantos recuerdos, fotos, sábanas y cubrelechos, me recordaban lo cobarde que fui y lo que por mi culpa había perdido, el amor de mi vida, mi único amor... Ya no estaba conmigo ni lo estaría nunca más. Fue necesaria mucha ayuda psicológica para tratar de superar lo que había pasado, pero aún después de eso, no lograba seguir adelante con mi vida.

Hasta que unos meses después me enteré de la razón por la cual decidí salir adelante y seguir con lo que sería mi nueva aventura. Esa noche en la que estuvimos juntos después del restaurante, se nos había olvidado algo muy importante que dejó lo más hermoso que hoy tengo en mi vida, mi hijo, quien nació del fruto de un amor tan fuerte como el mar.

Hoy, estoy a un mes de graduarme de arquitectura y trabajo en el proyecto más prestigioso del país, una casa junto al mar, y no, no es la casa de una persona rica e influyente, es la que será el hogar de mi madre, de mi hijo y el mío.



Este libro se realizó por estudiantes de redacción y
diseño gráfico del Politécnico Grancolombiano en
el segundo semestre del 2020 durante el aislamiento
por la pandemia Covid - 19



Mi madre siempre quiso desde niña tener una hija como yo... más o menos como yo, supongo que quería tener a alguien lo suficientemente valiente, pero no fui como debí serlo cuando la vida de él dependía de ello, hubiese querido tener la voluntad de dejar a un lado mi temor para poder salvarlo... pero no fue así, creo que mi amor no fue más grande que mi temor en ese momento a pesar de que lo amaba demasiado. No fue suficiente, al menos eso creo yo.

